

La abuela

En el porche de la vieja casa de maderas pintadas de blanco, pero desnudas en muchos lugares por el abuso de los años, la abuela se sentaba inmóvil en su silla de mimbre. Por las grietas entre las maderas carcomidas del porche, se veía la tierra roja y polvorienta. Un viento seco llevaba las hojas marchitas del roble del jardín hacia la senda de ladrillos rotos. La abuela oía el zumbido indistinto de los coches que pasaban por la carretera a lo lejos, y se mezclaban con el ruido áspero de las hojas arrastradas sobre la senda.

Sus manos, arrugadas y secas, acariciaban los bordes de una fotografía amarillenta de su hijo y su marido. Hipnotizada por los ruidos confundidos por el viento, ella veía en la fotografía años de alegría. Los campos le parecían verdes, otra vez, con las hojas de maíz. Recordaba la frescura de la tierra mojada y oscura, y las tardes del verano cuando el hijo y el marido habían regresado a la casa, entonces, nueva y alegre. Aquella realidad era blanca y fresca, muy diferente de la realidad del otoño. Ahora todo necesitaba un baño de lluvia para limpiar el polvo rojo. Aun la iglesia, oculta detrás de la colina más elevada, presentaba una actitud triste con su cruz y torre cubierta de polvo.

De pronto, el ruido de un auto le trajo a la realidad del otoño. El aire detrás del coche se llenó de nubes enormes de polvo. La abuela colocó la fotografía en la mesa a su lado. En esa mesa había unas páginas vacías y una pluma. Tenía que escribir a su hijo, pero antes de hacerlo tenía que resolver un problema. Ella estaba enferma: sentía dolores indistintos y sentía la soledad pesada de su vida en aquella casa antigua. Había guardado por años estas tristezas pero nunca se había sentido tan solitaria como ahora. La abuela no quería molestar a los otros y no sabía lo que le dolía. Pensó en el problema y decidió que sería una lástima imponer a los otros las tristezas de su vida. Así, la abuela guardaba sus dolores escondidos y no los mostraba a nadie.

Más segura, tomó la pluma y las páginas. Su mano se estremeció, pero ella se esforzó y contuvo su ansiedad y agitación. Escribió ahora con mano firme y decidida. Le escribió a su hijo acerca de los campos, castaños por el viento seco, y de la casa vieja, y del jardín desusado. Le escribió de las mañanas frías de otoño, y del fuego chispeante que le calentaba durante las noches. Acabó, y con aún más seguridad, puso la carta sobre la mesa.

La abuela se levantó y arregló el vestido de colores pálidos. Caminó a lo largo del porche. Las mañanas frías le molestaban y caminaba con paso lento en cuanto las maderas viejas se quejaban con estallidos quietos. Se sentía fatigada. Dentro de pocas semanas, pensaba, no iría a asomarse hasta después del mediodía cuando no hiciera tanto frío.

La abuela, fatigada y fría, tenía ganas de entrar en la casa para descansar unas horas. Abrió la puerta y entró. El zumbido de la carretera y el ruido áspero de las hojas arrastradas seguían mezclándose, pero dentro de la casa ella no los oía. Durante la noche, clara y fría, la abuela sintió un dolor intenso y se murió. El hijo recibió una carta corta de un amigo para informarle sobre la muerte. El nunca supo de las tristezas ocultas de su madre, o de la soledad de la casa vieja. La abuela se murió de memorias silenciosas en la casa antigua. El hijo se murió horas antes que ella, de una bala, en un país extranjero, como su padre había muerto treinta años antes, en otro país extranjero.

Lynda Mabry